

CARTA AL LECTOR

Este número de nuestra Revista así como también el próximo, conforman nuestro homenaje a ese lúcido pensador que fue Enrique Pichon Riviere. Y conforman a la vez una instancia, primera quizás, de lo que quisiéramos llegue a ser un vigoroso interés por el psicoanálisis latinoamericano. Meta problemática por cierto.

¿Nos es posible atender a lo que hacemos aquí y nosotros, nos es posible encarnarnos en un acto de reflexión?

Que sea un acto de reflexión supone eludir varias acechanzas. Tales como la pretensión de tomar como premisa que lo que hacemos tiene un perfil propio: en todo caso esto podrá surgir de nuestro encare, pero no puede ser su condición.

Tales como las que plantea la tentación de inscribirnos en la esterilizante oposición entre autóctono y foráneo, siendo que, al menos en el plano de la cultura, hay pertenencias y toda institución de un cero está echada en la arbitrariedad.

Pero además, hablar de psicoanálisis latinoamericano va contra la corriente. Contra esa que nos hace ser tan propensos a dejarnos llevar por un cierto espíritu de provincia que, sin más, apenas concede una mirada benevolente a lo propio al tiempo que idealiza lo ajeno, muchas veces sólo por el mérito de ser ajeno.

Tanto el coloniaje como el patriotismo constituyen cierres y nuestra tarea será buscar una alternativa de apertura, apertura hacia dentro como hacia fuera. Apertura que sólo puede tener un comienzo, el conocimiento y el reconocimiento. No sabemos de otra vía capaz de habilitarnos para la reflexión que nos pueda llevar a una serena discriminación.

Sin dudas, una de las instancias latinoamericanas mayores es la obra de Enrique Pichon Riviere y nada parece más justo que iniciar este camino volcando nuestra atención hacia su obra, y nada parece mejor homenaje que el que ella nos sirva para la reflexión sobre el psicoanálisis latinoamericano.

Al hacerlo, no podemos dejar de señalar que Pichon estuvo íntimamente vinculado a los orígenes de nuestra Asociación; que gracias a él tuvimos el privilegio de formarnos con dos personalidades del valor de Madeleine y Willy Baranger; que nuestra Revista recibió el espaldarazo en el momento en que parecía una aventura destinado a un seguro naufragio. Fue Pichon quien nos hizo comprender la importancia de una publicación como instrumento de trabajo y sus palabras fueron nuestras inspiradoras y siempre anhelamos llegar a hacerles honor.

A algunos de los discípulos de Pichon les hemos pedido que tomaran parte en este número y todos respondieron de un modo que nos enorgullece, porque habla de cómo valoran estas páginas.

A todos ellos queremos expresarles nuestro reconocimiento y muy especialmente a Madeleine Baranger, sin cuyo entusiasta concurso este homenaje no hubiera podido plasmarse. Y también a Lily S. de Bleger, Marcelo Pichon y Fernando Taragano, por habernos permitido dar a conocer trabajos que aún no han sido publicados.

Nuestro agradecimiento se extiende a Hermenegildo Sábat, artista uruguayo de primera línea, autor del magnífico dibujo que se reproduce en el interior de este número. Confiamos en que, a partir de ahora, Sábat sea un colaborador permanente de nuestra Revista.

S.P

Estas páginas quieren ser expresión de nuestra gratitud hacia quien fue uno de los pilares del desarrollo del pensamiento psicoanalítico en América Latina y en particular, de la constitución de nuestra Asociación. De cuya sabiduría generosa muchos tuvieron el privilegio de nutrirse a través de sus clases, seminarios, trabajos y hasta en la rueda de amigos. Sabiduría de la que nos nutrimos todos por mediación de la obra de quienes, con orgullo legítimo, pueden invocar su condición de discípulos.

Basta considerar dos hechos para que no queden dudas acerca de la talla de Pichon. Por un lado creó toda una terminología que hoy es del dominio común, aunque ello vuelva olvidable que fue Pichon quien dividió los asuntos y les propuso nombre. Por otro lado, si intentamos nominar a los más destacados dentro del psicoanálisis de Buenos Aires (y téngase en cuenta que ese es uno de los polos a nivel mundial dentro del movimiento psicoanalítico), veremos que una muy apreciable proporción estuvo con Pichon en uno o en otro de los momentos de su odisea creativa.

Investigador lúcido, abrió caminos y desbrozó direcciones de trabajo.

Sembró. Pero el impacto innegable de sus ideas y su persona no llevó a nada que se pareciera a una escolástica sino que, sobre todo, sirvió de estímulo a las vocaciones. Ofreció a quien quiso oírlo una simiente a la que cada uno debió prestar nido y abonar con su propio pensamiento. Es por eso que el conjunto de sus discípulos tomó caminos que cubrieron campos tan diversos como la comunicación, el grupo, la psiquiatría dinámica, la situación analítica, la familia, la tarea, la institución.

Seguramente, la característica más notable de su magisterio—que lo enraiza en la tradición socrática— fue su impar carácter formativo.

La siembra fue su tarea y la obra de sus discípulos es su fruto. De aquella siembra y de estos frutos queremos dar testimonio en las páginas que siguen, sin que nos detenga el considerar cuán parcial puede ser este limitado testimonio.

S. Paciuk